CAUDILLO DE BRITANIA

SIMON SCARROW y T. J. ANDREWS

CAUDILLO DE BRITANIA

Carataco, rebelde a Roma II

Traducción de Ana Herrera

edhasa

Consulte nuestra página web: https://www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Warlord of Britannia*

Diseño de la sobrecubierta: 

Mapas de Tim Peters

Primera edición: noviembre de 2026

© Simon Scarrow, 2026
© de la traducción: Ana Herrera, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6570-2

Impreso en Gómez Aparicio, S. L.

Depósito legal: B 19274-2026

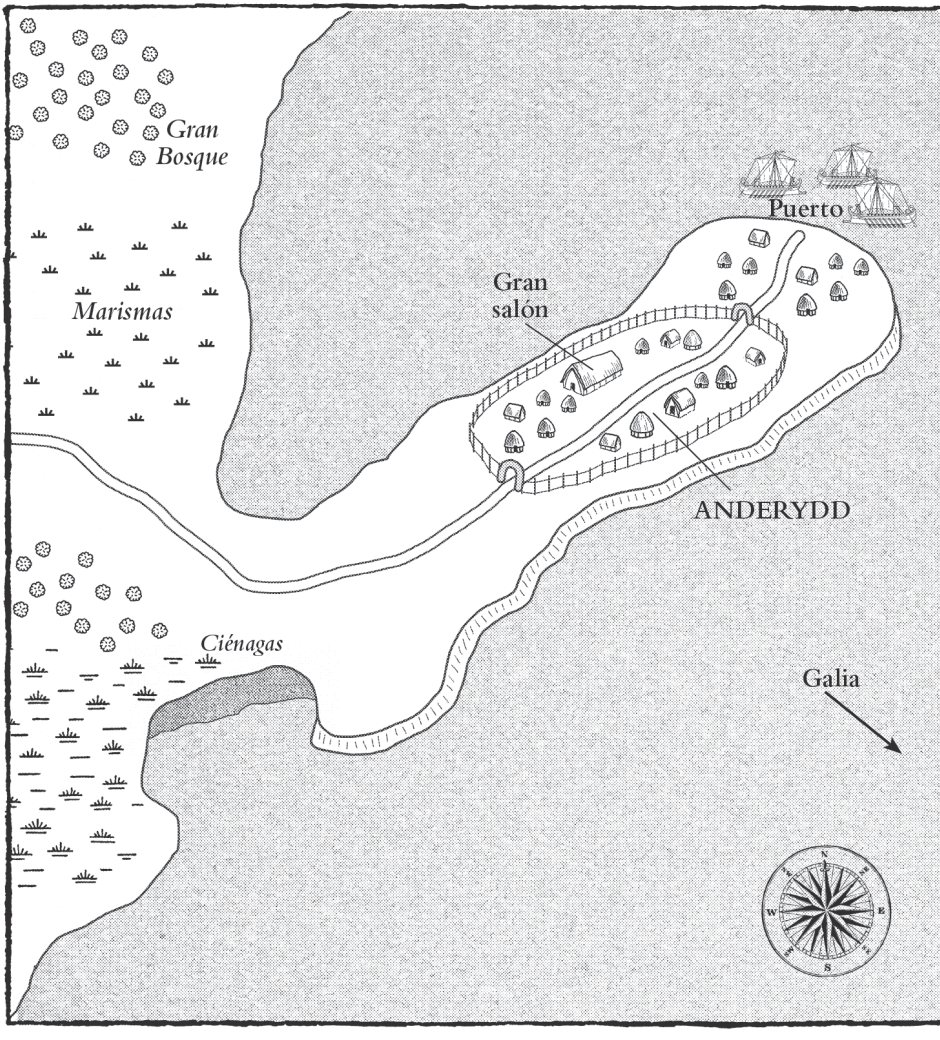
Impreso en España

Para Genevieve. Bienvenida al mundo

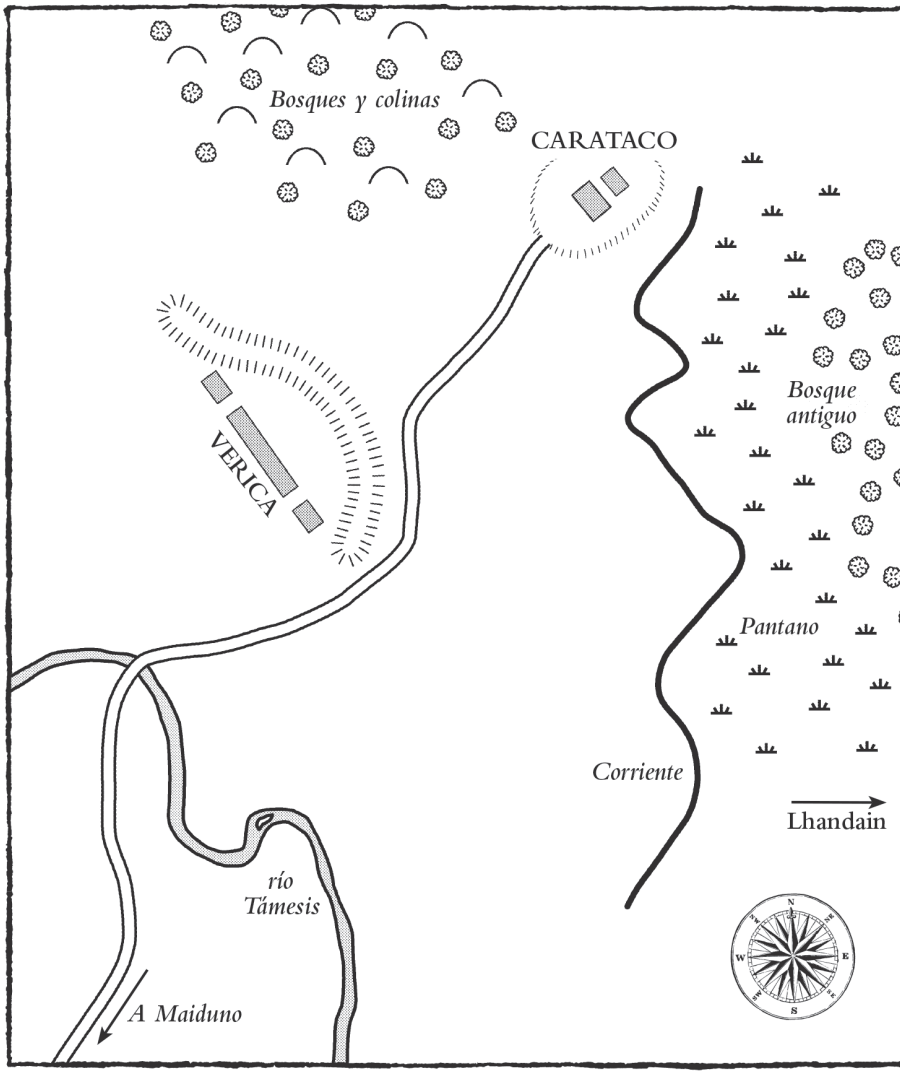
BRITANIA, 27 d. C.



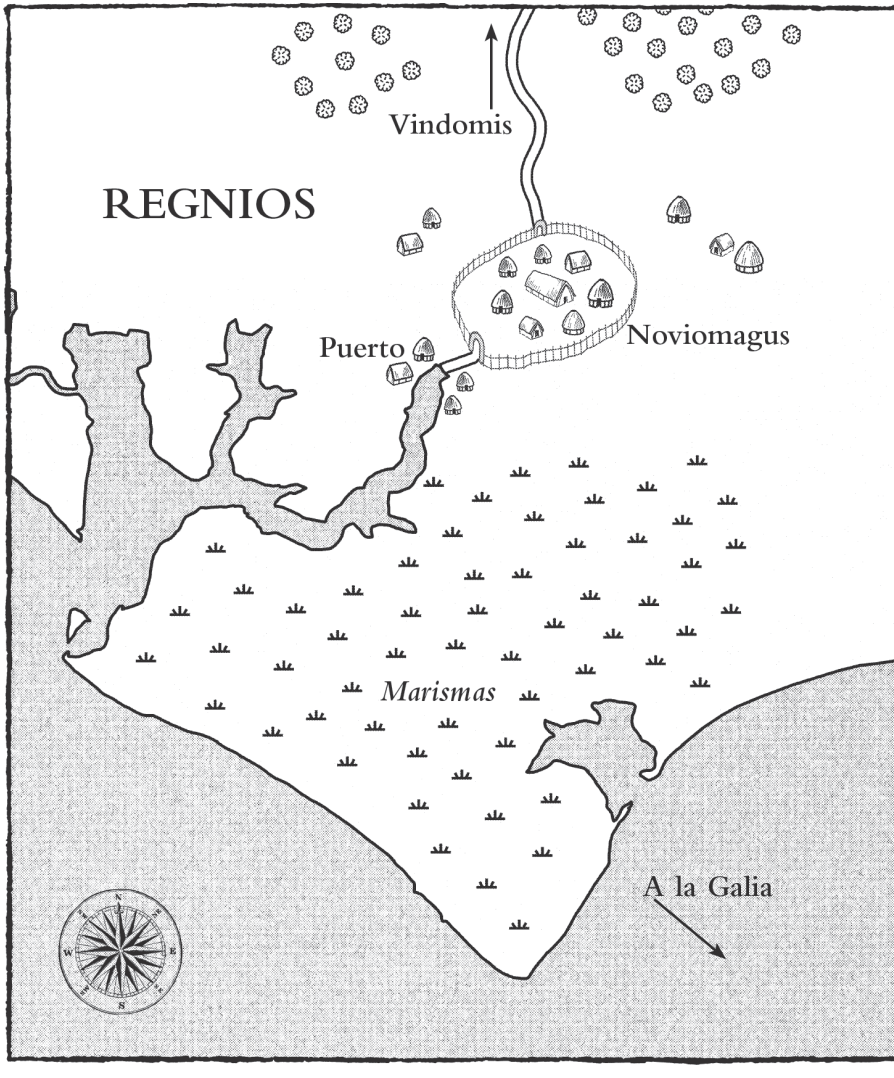
BATALLA DE MAIDUNO, 27 d. C.



CARATACO


Bosques y colinas
CARATACO
VERICA
Bosque antiguo
Pantano
Corriente
Lhandain
río Támesis
A Maiduno

NOVIOMAGO



DRAMATIS PERSONAE

Roma, 61 d. C.

Carataco: antiguo rey de los catuvelaunos; ahora, exiliado y depuesto, viviendo en Roma.
Cayo Placonio Felícito: historiador.
Nerón Claudio César Augusto Germánico: último emperador de la dinastía Julio-Claudia.
Decio Espurino Tusco: historiador caído en desgracia.
Aelia: mujer de Felícito.
Lugno: propietario de una taberna y amigo íntimo de Carataco.
Delmático: socio de Lugno.
Betón: socio de Lugno.
Sexto Afranio Burrus: comandante de la Guardia Pretoriana.
Lucio: hijo pequeño de Aelia y Felícito.
Tancrino: interrogador.
Cayo Calpurnio Pisón: disoluto senador romano, marido de Livia Orestilla.
Flavio Escevino: senador menor.
Milico: liberto al servicio de Escevino.
Aulo Laterano: sobrino del general Plaucio.

Britania

Catuvelaunos

Cunobelino: rey de los catuvelaunos.
Adminio: hermano mayor de Carataco.
Togodumno: hermano menor de Carataco.
Epático: tío de Carataco y hermano menor del rey Cunobelino.
Bellocato: comandante de una de las bandas de guerra de los catuvelaunos.
Maridio: hermano menor de Carataco.
Vodenio: hermano menor de Carataco.
Dubnocato: joven guerrero.
Maglocuno: guerrero veterano.
Velorix: guerrero exaltado.
Vendotago: recio guerrero veterano.
Gontrebo: caudillo catuvelauno de bajo rango.
Velocado: primer hijo de Carataco.
Salidus: hijo mediano de Carataco.
Beldro: hijo menor de Carataco.
Mebhna: hija de Carataco.
Bladoco: druida mentor de Carataco, exiliado de la Galia.
Tejanus: gladiador retirado y guardaespaldas de Adminio.
Cruinn: mayordomo real.
Lobos Grises: banda de guerra privada de Carataco.
Paronno: estibador y recluta de los Lobos Grises.
Bredoco: maestro lancero de los Lanzas Grises.
Cadvoc: recluta campesino de los Lobos Grises.
Vendomaris: joven recluta de los Lobos Grises.
Molorix: instructor recio, más tarde maestro lancero de los Chacales, guardia personal de Carataco.

Trinovantes

Vassedo: cazador y hábil explorador.

Oreno: noble anciano.
Gareno: jefe del clan de los sinomagos.
Mepodno: guerrero asesinado.
Bedrias: campeón mercenario.

Atrebates
Verica: rey de los atrebates.
Mardicca: hija del depuesto rey Epilo y esposa de Carataco.
Goradoc: joven noble de la corte atrebate, medio hermano de Mardicca.
Mabnorax: jefe de Ledrid.
Segomabno: capataz de Vindoduno.

Corieltauvos
Dumnocovero: rey fallecido.
Volisio: nuevo rey.
Tenvantio el Usurpador: sucesor de Volisio.
Selduno: sobrino de Tenvantio.

Dobunios
Antedio: longevo rey de los dobunios.
Corio: hijo menor de Antedio y heredero consagrado por el rey.
Bodvoc: hermano mayor de Corio y rival aspirante al trono dobunio.
Sediaco: sobrino del rey.

Otros
Hijos de Etharun: culto druida hostil a Cunobelino.
Anarevito: noble exiliado cantiaco, autodeclarado heredero del rey Epilo.
Cogidubno: joven noble, señor del puesto comercial independiente de Anderydd.
Sedonio: anciano de Lhandain.
Divico: capitán mercante de la Galia.

GUÍA DE TOPÓNIMOS Y SUS EQUIVALENTES MODERNOS

Anderydd: Pevensey
Caimbrigh: Cambridge
Calleva: Silchester
Camuloduno: Colchester
Cuinnlaigh: Braughing
Dunbrigh: Tonbridge
Durobriga: Rochester
Durocobrigh: Dunstable
Duroverno: Canterbury
Gesoriaco: Boulogne-sur-Mer (Francia)
Gran Oudsos: río Gran Ouse
Ledrid: Leatherhead
Lhandain: Londres
Lindo: Lincoln
Maiduno: Maidenhead
Noldubris: Peterborough
Noviomago: Chichester
Runimedh: Runnymede
Ritumago: Richborough
Tamesis: río Támesis
Verlamion: St. Albans

CAPÍTULO UNO

Roma, 61 d. C.

Escribir historia es una profesión arriesgada. Si el escriba aspirante está decidido a publicar una biografía oscura y poco lucrativa de, digamos, los primeros años del reinado del rey Servio Tulio, debe estar también preparado para sufrir penalidades financieras, editores rapaces, mecenas exigentes, críticos celosos, plagiarios y la horrenda perspectiva de ver su libro destrozado por los implacables diletantes que frecuentan los salones literarios más prestigiosos de Roma. En esta valiente nueva era nuestra, en la que basta un comentario cáustico ante cualquier esfuerzo actoral de Nerón para asegurarse un encuentro fatal con los pretorianos, hay que andar con cuidado.

Pero unas historias son más peligrosas que otras. Algunas tienen, incluso, el poder de derrocar a un emperador.

Dada mi carrera moderadamente exitosa escribiendo biografías para las familias más nobles de Roma, pensaba que conocía los obstáculos mejor que la mayoría. Pero estaba equivocado. Cuando empecé a dedicarme a la historia de la vida de Carataco, en tiempos rey de Britania y ahora viviendo exiliado en nuestra capital con su familia, sostenido por una exigua pensión de palacio, no tenía idea de los peligros

que me esperaban. Tampoco de los extremos a los que algunos hombres están dispuestos a llegar con tal de enterrar la verdad.

Llevaba ya algún tiempo trabajando con Carataco en el texto de su autobiografía cuando empezaron mis problemas. Era una noche muy fría de finales de otoño. Había pasado toda la tarde en una taberna cercana, entreteniendo a un rico librero romano con una jarra de másico. Hacerse amigo de los émulos de Doro es una parte cara y tristemente necesaria del oficio, porque el éxito de un libro depende en gran medida de la competencia y el favor de tu socio editor. Un librero con amigos influyentes, una tienda bien situada y los fondos necesarios para permitirse una lujosa fiesta de lanzamiento pueden significar la diferencia entre el florecimiento de tu trabajo y su condena a coger polvo en un estante. Por supuesto, hay muchos editores poco escrupulosos que juran y perjuran que tu libro no ha conseguido un solo denario de ganancias, aunque ellos se hayan enriquecido. En Roma, un editor honrado es tan raro como un bárbaro depilado. Sólo se puede esperar que las cosas mejoren un poco en el futuro.

Después de dar cuenta de un odre de vino, y dejando caer algunas insinuaciones sobre el emocionante nuevo proyecto en el que trabajaba, permití que Doro liquidase la cuenta y me dirigí, algo tambaleante, de vuelta a mi alojamiento.

Mi hogar era un piso pequeño en la ladera más escarpada de la colina Esquilina. No el tipo de lugar al que aspira un escritor ambicioso. El yeso de las paredes estaba agrietado y lo inundaba una peste a orina procedente del patio de un batanero. Los pocos muebles parecían restos del bando perdedor de las guerras púnicas.

Los ingresos que conseguía con mis encargos apenas bastaban para cubrir el alquiler, pero no podía pensar en re-

sidir en una zona más agradable. Y además confiaba en que la publicación de las memorias de Carataco me diera por fin el reconocimiento literario y, para ser sincero, la riqueza que anhelaba desde hacía tiempo. La historia del rey britano prometía ser exitosa; lo tenía todo: el ascenso al poder de un gran guerrero, la lucha contra un invasor poderoso, el heroísmo, el amor, la traición..., por no mencionar aquella cultura celta perdida que continuaba fascinando a la alta sociedad de la urbe, aunque nuestras legiones hubiesen combatido para aniquilarla.

Tenía que conseguir que Carataco cooperase mientras iba sacándole todo su relato, y luego hacer honor a nuestro acuerdo de publicarlo una vez hubiera abandonado este mundo. Si tenía el éxito que yo me atrevía a esperar, por fin podría entregar un depósito para alguna propiedad en otra parte de la ciudad. Quizá mi nuevo estatus como favorito literario de Roma me consiguiese además la aprobación del padre de Aelia, aunque fuera a regañadientes. El miserable vejestorio siempre había considerado que su hija se había casado por debajo de sus posibilidades, y yo podría demostrarle que estaba equivocado.

Aquellos pensamientos tan agradables terminaron cuando entré dando traspiés en nuestra casa y me encontré a Aelia de muy mal humor, exigiendo saber dónde había estado. Mientras mi esposa me amonestaba, yo me tambaleaba y la habitación giraba espantosamente a mi alrededor.

–Ahora eres padre –me dijo–. ¡Tienes responsabilidades, Cayo! No puedes pasar las tardes emborrachándote con tus amigos.

–Doro no es amigo mío –balbuceé yo–. Lleva una librería, cariño... No puedo esperar que la historia de Carataco tenga éxito sin gente como él.

–¿Y qué pasa con tu familia? ¿No somos importantes?

–Por supuesto que lo sois.

–Entonces, ¿por qué vivimos en este cuchitril? Me prometiste que a estas alturas ya habríamos salido de aquí.

Era cierto. Recordaba el horror en la cara de Aelia al ver por primera vez aquel lugar. Le había dicho que era algo temporal, mientras me establecía. Pero dos años más tarde seguíamos viviendo en el mismo sitio infecto.

–Pronto... En cuanto muera Carataco, podré publicar su historia. Entonces no nos faltará de nada, te lo juro.

–¿Y cuánto tendremos que esperar para eso, querido esposo? Porque puede vivir otros diez años…

–Lo dudo mucho.

–¡Oh, perdón! No sabía que eras un oráculo, además del próximo Heródoto...

Estuve tentado de mencionar la salud decaída de Carataco: en nuestra entrevista más reciente se había agarrado el pecho, dolorido, y yo sospechaba que aquello era grave, a pesar de sus intentos de quitarle importancia… Pero lo pensé mejor. La simpatía de Aelia por mi proyecto ya era bastante escasa.

–¿Cómo te propones mantener a tu familia mientras tanto? –continuó–. ¿Jugándote nuestros ahorros a las carreras? ¿O, que los dioses no lo permitan, enseñando?

–No llegaré a ese extremo –dije con calma–. Todavía queda algo de dinero de los últimos encargos, suficiente para aguantar unos cuantos meses. Y siempre podemos mudarnos al campo. He oído decir que en Fabrateria…

–¡Por todos los dioses, Cayo! –Aelia levantó los brazos, desesperada–. ¡Deja de engañarte! ¿Es que no lo ves? Nadie va a querer leer nada sobre un vejestorio bárbaro fracasado...

Justo entonces, nuestro hijo recién nacido empezó a berrear en la cuna. Aelia cerró los ojos y cogió aire.

–Por favor, reconsidera lo que estás haciendo –me dijo–. Si no por mí, al menos por Lucio.

–Por eso precisamente estoy escribiendo este libro. Quiero que tengamos una vida mejor.

–¿De verdad, Cayo? –Ella cruzó los brazos y ladeó la cabeza–. A veces me lo pregunto.

–¿Qué quieres decir?

–Siempre has dicho que estás cansado de escribir historias familiares y que quieres dejar tu propia huella, y yo te he apoyado. Pero esto…, trabajar para un celta, un bárbaro… –Su voz se fue apagando–. Cuanto antes olvides esa idea, mejor para todos nosotros.

–Aelia… –empecé. Pero ella ya se había ido a atender a nuestro hijo.

Aquella noche, en la cama, un pensamiento me roía la mente. ¿Y si Aelia tenía razón? ¿Y si las largas jornadas de trabajo y las muchas entrevistas con Carataco fueran en vano? Yo me había convencido del mérito de su relato desde el principio, pero ¿cómo podía estar seguro de que otros quisieran leer algo sobre un notorio enemigo de Roma?

Y lo peor era que algunos de mis posibles clientes en el Senado podían mirar mal mi elección del tema literario. Seguramente se lo pensarían dos veces antes de encargarme la historia de sus ilustres antepasados. Lo mejor que podría esperar entonces sería algún trabajo como tutor privado, enseñando retórica por una miseria al hijo de algún comerciante.

Al final, vencido por el cansancio y el vino, caí en un sueño ligero.

Me despertó un ruido estruendoso. Por un momento pensé que podía ser el adivino parto que vivía en el cubículo de arriba, tras una noche bebiendo en la Suburra. Luego, al pálido resplandor de la luna, vi que nuestra puerta se abría y tres figuras oscuras entraban, golpeando las polvorientas tablas del suelo con las botas.

A mi lado, Aelia dio un grito. Lucio se puso a llorar en su cuna. Yo me incorporé mientras dos de las figuras se acercaban a mí y su compañero bloqueaba la salida. Todos llevaban túnicas blancas bajo sus gruesos mantos. Cuando vi las espadas que colgaban de sus cinturones se me hizo un nudo en el estómago.

Reconocía a aquellos tipos. Eran soldados de palacio; músculo imperial surgido de las filas de la Guardia Pretoriana. Si pasa uno el tiempo suficiente en la ciudad, los ve por las calles, apartando a empujones a cualquiera que sea tan idiota como para bloquear el paso de la litera de Nerón, o azotando a los civiles si les viene en gana. Así son los pretorianos. Unos matones con ínfulas, todos y cada uno de ellos. Los individuos más odiados de Roma con la única excepción de los abogados.

–¿Cayo Placonio Felícito?

Parpadeé ante la figura enorme que se inclinaba hacia mí. En la oscuridad apenas distinguía sus rasgos. Tenía la barbilla llena de cicatrices y la nariz más castigada que Homero en un recital de aficionados. El hombre había estado en muchas batallas y seguramente había ganado la mayoría.

Asentí, obediente.

–Levántate. Tenemos órdenes de llevarte con nosotros.

Aelia me miró con terror.

–Burrus quiere dos palabras contigo –dijo el tipo.

Aquel nombre me sobresaltó. Sexto Afranio Burrus era uno de los hombres más poderosos de Roma: comandante de la Guardia Pretoriana y uno de los confidentes de mayor confianza de Nerón, con una red de espías que llegaba a todos los rincones de la ciudad.

–¿Ahora?

–No, en las saturnales –replicó el pretoriano con aspereza–. Vístete. Es tarde y a Burrus no le gusta esperar.

Aelia frunció el ceño.

–¿Qué puede querer de ti ese hombre, Cayo?

–Eso no es asunto tuyo –dijo el soldado.

–Pues claro que es asunto mío. ¿Quién te crees que eres, entrando aquí sin ser anunciado y arrastrando a mi marido de esa manera?

Ella había superado la conmoción inicial y se dirigía al hombre con tono indignado. Pues bien: envía a un centurión contra una horda de germánicos y luchará con valor excepcional; pídele que se enfrente a una mujer romana de buena cuna y lengua viperina, y probablemente se desmorone. Pero no fue el caso.

–Deberías decir a tu mujer que vigile su actitud –me advirtió.

Aelia lo fulminó con la mirada y él apretó la empuñadura de su espada envainada. La situación estaba a punto de ponerse fea.

–No importa, querida. –Intenté aparentar tranquilidad, aunque el corazón me latía frenéticamente–. Supongo que debe de ser algún malentendido.

–Cayo…

–No te preocupes. –Me volví hacia ella y conseguí sonreír–. Todo irá bien, te lo prometo. Volveré enseguida.

–Date prisa –gruñó el pretoriano–. No tenemos toda la noche, joder.

Salté de la cama y me vestí con rapidez mientras Aelia consolaba a nuestro hijo, que berreaba. La besé en la frente antes de que me sacaran de allí. Uno de los soldados me empujó y bajé dando tumbos por la escalera, a oscuras. Me pregunté si alguna vez volvería a ver a mi esposa y a mi hijo.

* * *

Las calles serpenteantes de la baja Esquilina estaban casi desiertas a aquellas horas. Un par de carros de reparto pasaron traqueteando y varias figuras encapuchadas se refugiaban en los portales, envueltas en harapos. Algunos perros callejeros se peleaban por unos restos entre montones de comida podrida. Pasamos cerca de dos vigilantes de patrulla, con sus bastones de sarmiento en la mano. Se detuvieron, miraron en nuestra dirección y luego siguieron su camino.

Yo temblaba y me apretaba el manto en torno a los hombros. Me sentía enfermo y me sudaban las manos por el miedo. Pocas cosas temía más un ciudadano romano que una visita de los pretorianos de madrugada. Quienes se enfrentaban a Nerón tenían el mal hábito de desaparecer para siempre.

Al final salimos de la Suburra y continuamos junto a las librerías cerradas que se alineaban en el Argileto. Más adelante, los vendedores ambulantes de pescado, frutas y recuerdos descargaban sus mercancías antes de que abriera el mercado diario. Giramos hacia la izquierda en la vía Sacra, que cortaba el Foro, y seguimos hasta llegar a unos escalones empinados que subían por la colina Palatina. Por delante de nosotros, resplandeciendo a la luz de la luna, el nuevo complejo del palacio de Nerón se extendía por el Oppio hacia los jardines de Mecenas, al este.

Una norma no escrita en Roma dice que cada nuevo emperador debe conmemorar su ascenso a la púrpura encargando alguna ampliación llamativa, y escandalosamente cara, del complejo imperial. Todo pagado por los ciudadanos, claro. Nerón no había sido la excepción. El resultado era el tipo de exhibición vulgar que provocaría un ataque a cualquier estoico.

Mi escolta pretoriana me llevó hacia una pequeña puerta en un lado del muro. Los dos soldados de guardia se hicieron a un lado para dejarnos entrar. Pasamos junto a un

patio lleno de plantas exóticas, estanques de peces y fuentes lujosas, y atravesamos una entrada porticada que conducía a un vestíbulo de techo alto y abovedado. Sofisticados frescos decoraban las paredes.

Al cruzar aquella cámara empezó a moverse solo, ansiosamente, un músculo de mi mejilla. ¿Me culparías acaso por ello, querido lector? Yo había visitado el palacio imperial varias veces, pero sólo como invitado menor con diversas funciones; una de esas personas en las que apenas reparan los asistentes adinerados. Ahora estaba allí en compañía de guardias armados y la experiencia me resultaba mucho menos agradable. Me pregunté de nuevo si saldría vivo.

Atravesamos otra sala, subimos por una escalera de piedra, y enfilamos un largo y oscuro pasillo. Mi terror aumentaba a cada paso. Finalmente, nos detuvimos ante una puerta recia y el pretoriano de mayor rango llamó con los nudillos antes de retroceder un poco. Hubo una breve pausa y luego se oyó una voz estridente:

–¡Adelante!

El guardia dejó la puerta abierta y me indicó que entrase. Me vi en un espacio ricamente decorado, con un enorme escritorio de roble en un extremo, frente a una ventana con celosía. Varias alfombras de piel de animal cubrían el suelo de mosaico, y un brasero de hierro llenaba la habitación de un agradable aroma a madera de cedro. Las paredes estaban forradas de estantes llenos de papiros e iluminados por un par de lámparas de bronce.

Sentado tras el escritorio estaba un hombre de cincuenta y tantos años con expresión grave. Examinaba un rollo de papiro mientras bebía vino de un vasito de plata. Unas cuantas hebras de pelo cubrían como una telaraña parte de su cabeza, y un parche de cuero le tapaba el ojo izquierdo. Su físico robusto y las muchas cicatrices de sus

antebrazos sugerían una vida de duros combates. Lo reconocí de inmediato, por supuesto. Ya había visto a Burrus en palacio unas cuantas veces, aunque nuestros caminos nunca se habían cruzado.

–Gracias, Veturio –dijo sin levantar la vista–. Puedes esperar fuera.

–Sí, señor.

El pretoriano salió de la habitación y cerró suavemente la puerta. Yo me quedé de pie ante Burrus, hecho un manojo de nervios, mientras él seguía examinando el documento que tenía delante. Al final levantó la mirada. Tenía el rostro arrugado y parecía soportar todo el peso del mundo sobre los hombros. Probablemente era así: toda Roma sabía que Burrus y Séneca, el lúgubre estoico que había hecho de tutor del joven Nerón y ahora le servía de consejero, eran quienes ostentaban el auténtico poder detrás del trono.

–Eres el historiador –dijo.

Yo incliné la cabeza ligeramente.

–Cayo Placonio Felícito. A tu servicio.

–No sé cómo os las arregláis vosotros, los escribas. Leyendo y escribiendo todo el día… –Agitó una mano hacia los pergaminos que abarrotaban su mesa–. Los informes de inteligencia ya son bastante pesados... En estos tiempos, un mendigo no puede estornudar en el Foro sin que alguien informe al respecto. No es el trabajo que imaginé cuando me nombraron comandante de la Guardia. Cuando estaba en Britania, al menos hacíamos de soldados de verdad.

–¿Estuviste en Britania?

Él asintió.

–En los primeros tiempos de la invasión, hace media vida. De allí traje esto. –Señaló su parche–. La batalla de Camuloduno. Un trabajo duro. Muy reñido.

–No es eso lo que dice la historia…

Burrus separó los labios en una fría sonrisa.

–La verdad es lo que queda escrito y sobrevive a aquellos que lo escribieron, Felícito. Harás bien en recordarlo. Por favor, toma asiento.

Me senté en el taburete mientras él me examinaba.

–Me resultas familiar. ¿Dónde te he visto antes?

Le expliqué que había hecho una lectura de mi obra más reciente en una cena a la que él también asistiera. Había sido en verano, en la casa de un senador.

–Sí, ahora me acuerdo... –Chasqueó los dedos–. Aquella historia de los antepasados del senador Calvus en la guerra pírrica. Una interpretación muy entretenida. Atractiva, aunque poco probable.

–¿Qué es lo que quieres? –le pregunté.

Tendría que haberlo tratado con más deferencia, pero estaba cansado e irritado porque me habían sacado a la fuerza de mi casa, y el vino que había bebido antes no me dejaba pensar con claridad.

Burrus se inclinó hacia delante y me miró fijamente.

–Iré directo al grano. Tengo entendido que estás trabajando en un libro sobre Carataco. Un relato de su vida... –Levantó una mano, cortándome antes de que yo dijese nada–. No tiene sentido que lo niegues. Mis espías nunca se equivocan.

Tragué saliva.

–¿Cuánto tiempo lleváis trabajando juntos? –me preguntó.

El tono era amistoso, pero había un brillo mortal en sus ojos. Aquello significaba que nuestra conversación podía dar un giro desagradable si me negaba a cooperar. Y yo no soy ningún héroe. Dudé antes de responder.

–Lo he entrevistado varias veces. Pero apenas hemos arañado la superficie de su historia y creo que harán falta muchas más sesiones. A menos que cambie de opinión, claro.

Escruté la cara de Burrus, intentando averiguar si tal perspectiva podía complacerlo.

–¿Carataco lo está reconsiderando?

–Él está decidido a contar su vida. Pero Mardicca, su mujer…, piensa que el libro podría darle problemas.

–Ya veo. Pero, tal como están las cosas, ¿tiene intención de continuar?

–Por lo que yo sé… ¿Puedo preguntarte por qué te interesa?

–Cualquier cosa que amenace la seguridad y la dignidad del emperador me interesa. El palacio, naturalmente, está atento a lo que queda escrito de determinados hechos. Hechos que sería mejor mantener apartados del público.

–¿Qué hechos?

–Supongo que el libro cubrirá la invasión de Britania con cierto detalle.

–No hemos hablado aún de la campaña –repliqué, precavido–. Pero espero que sea así, en efecto.

–Entonces simpatizarás con nuestras preocupaciones.

–¿Preocupaciones? –Fruncí el ceño.

–Sí. –Burrus extendió las manos–. No te cansaré con los detalles, pero hay ciertos aspectos de la invasión que deben permanecer ocultos para el público con el fin de proteger la reputación de la familia imperial.

–Pero estamos hablando de hechos que tuvieron lugar casi hace dos décadas. Muchos de los protagonistas están muertos o son muy ancianos. ¿Qué puede preocupar a Nerón?

–Eso no es asunto nuestro. Sin embargo, tendré que ver el trabajo antes de que lo publiques. Para asegurarme de que encaja en la narración oficial de la campaña de Britania. –Burrus sonrió–. Siempre hay una narración oficial. Tú deberías saberlo, Felícito.

–Sí, pero no puedo decir lo mismo de Carataco.

–Entonces estaría bien que le recordases que sigue siendo un prisionero de Roma. Vive a merced del emperador.

Yo no estaba dispuesto a rendirme.

–¿Y qué daño puede hacer dejar que sea oído? Es un hombre derrotado. Mi libro tendrá pocas consecuencias; será un simple añadido al relato oficial. Además, demostrará que nosotros, los romanos, respetamos la inviolabilidad de los registros históricos veraces, y que…

–Ahórrame tus bobadas hipócritas. He leído algunas de tus obras. Parece que no tuviste problema para engrandecer un poco las vidas de esos vejestorios del Senado cuando tu bolsa estaba vacía.

–Eso fue distinto. –La acusación de Burrus me había escocido; en parte, porque contenía algo de verdad–. Ésta es la historia del rey de los britanos, en sus propias palabras… Una historia que no se había contado nunca antes. Desde luego, el emperador, nuestro gran patrón de las artes, captará la importancia de respetar la verdad…

Burrus se echó a reír.

–Si te crees eso, entonces mi compañero Horacio te va a vender el puente Sublicio, que lo tiene preparado para ti.

Mi argumento había naufragado contra las rocas del poder imperial.

–Carataco no accederá a tus exigencias. Preferirá abandonar el proyecto que someter a censura su historia.

–Eso sería poco sabio por su parte. Por parte de vosotros dos. Debe completar el proyecto. Tenemos un gran interés en esa publicación. Tu cliente podría sernos útil.

–No estoy seguro de seguirte.

Burrus se echó atrás en la silla y juntó los dedos sobre la mesa.